



UNIVERSIDAD BÍBLICA  
**LATINOAMERICANA**  
PENSAR • CREAR • ACTUAR

**BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS**  
**BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS**

## **LECTURA SESIÓN 5**

# **CBX 107 ANTIGUO TESTAMENTO I**

Ska, Jean-Louis. “Contar historias y escribir la historia”. En *Enigmas del pasado: historia de Israel y relato bíblico*, 13-21. Estella: Verbo Divino, 2003.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre, 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

## *Capítulo primero*

### **Contar historias y escribir la historia**

La Biblia se presenta, tradicionalmente, como un libro de historia o de historias con un comienzo, un largo desarrollo y un final. El comienzo de la historia coincide con la creación del mundo y el fin con la predicación del Evangelio en el Imperio romano durante el siglo I después de Cristo. Se podría decir incluso que, en los primeros capítulos del Apocalipsis, la Biblia describe, de una manera anticipada, el final último de toda la historia: el fin del mundo. Dicho con palabras claras y sencillas, la Biblia contiene la historia del mundo desde el comienzo hasta el final. La historia es parcial y fragmentaria, no pretende en modo alguno ser exhaustiva; intenta más bien decir lo esencial sobre nuestro mundo: afirma saber cómo se ha constituido, por qué existe y cuál es la vocación de la humanidad en el universo y cómo acabará este universo que conocemos. La historia contada en la Biblia es la historia de nuestro mundo, y es nuestra historia. En particular, la Biblia nos cuenta cómo la humanidad ha buscado largamente la salvación, una salvación que se le ha ofrecido, finalmente, en Jesucristo.

Durante siglos, estas afirmaciones no han supuesto dificultad alguna, especialmente en el mundo cristiano. Hoy, por el contrario, desde la aparición del espíritu crítico, las cosas son muy diferentes y se ha vuelto necesario que nos preguntemos cuál es el vínculo entre la «historia contada por la Biblia» y la «historia real». Se trata, pues, de establecer con mayor precisión si la «historia» contada por la Biblia es fiable o no.

## **I. La historia antigua y el mundo de la televisión**

Adoptar el punto de vista crítico significa también poner en tela de juicio una de nuestras actitudes más comunes e inconscientes frente a la realidad y frente a nuestras representaciones de la realidad. En efecto, nuestro mundo está dominado por los medios de comunicación, en particular por la televisión. Estos medios crean la ilusión –pues se trata de una verdadera ilusión– de que es posible suministrar imágenes fieles de la realidad. Lo que vemos en la televisión sería –según la opinión general– una fotografía del mundo real. Esta fotografía puede ser parcial, puede haber sido elegida con cuidado, y ciertos detalles pueden haber sido ocultados. Probablemente olvidamos, con excesiva frecuencia o con demasiada rapidez, que las imágenes están filtradas, que el ángulo de mira y el encuadre están estudiados con conocimiento de causa, que ni la secuencia de las imágenes ni el momento en que son presentadas son fruto de un puro azar, sino de estrategias muy elaboradas. A pesar de todo esto, no es menos verdad que, para nosotros, una película de actualidad es siempre un trozo de la realidad, pues pensamos que no existe ninguna distancia entre la fotografía y la realidad fotografiada.

## **II. La historia antigua y la «Pietà» de Miguel Ángel**

No pretendo discutir esta creencia, aunque sería oportuno hacerlo. Ante todo, pretendo poner en duda la legitimidad de semejante actitud en lo que se refiere a la Biblia. La historia que nos presenta la Biblia no es una película televisada. No asistimos nunca a los acontecimientos contados como si estuviéramos frente a la pequeña pantalla. En realidad, existe una distancia, a menudo considerable, entre los acontecimientos y su descripción en las Escrituras. Del mismo modo que Miguel Ángel no pudo tener como modelos a María y a Jesús

para esculpir su *Pietà*, dado que María y Jesús vivieron quince siglos antes que él, así también los escritores bíblicos, especialmente los del Antiguo Testamento, escribieron a menudo mucho después de los acontecimientos que describen. Ahora bien, la *Pietà* de Miguel Ángel expresa, con una intensidad digna de ser destacada, algo de la participación de una madre en la pasión y en la muerte de su hijo. Una simple recensión periodística no hubiera captado esta experiencia de la misma manera ni con la misma intensidad. Además, Miguel Ángel forma parte de una larga cadena de artistas que han representado esta escena u otras semejantes, cada uno de ellos según la sensibilidad de su época.

De hecho, los relatos bíblicos se encuentran a menudo más cerca de las obras de arte, como la *Pietà* de Miguel Ángel, que de las rúbricas de prensa o de los telediarios. No persiguen sobre todo la exactitud de la crónica fiel y detallada; buscan más bien –y en primer lugar– transmitir un mensaje existencial a propósito de los acontecimientos que describen. Dicho de modo claro, pretenden «formar» más que «informar». La significación del acontecimiento relatado es más importante que el «hecho en estado bruto», si es que existen en nuestro mundo humano «hechos en estado bruto». La relación de los hechos bíblicos con la «realidad» histórica es, por tanto, compleja; a buen seguro, más compleja que la relación entre un reportaje televisado y un hecho de la actualidad.

### III. La «verdad» de los relatos bíblicos

Nuestra tarea es, por consiguiente, doble. Por una parte, es necesario corregir nuestra representación de la «historia bíblica»; por otra, será necesario definir mejor el tipo de «verdad» que encontramos en las Escrituras. Para alcanzar este doble objetivo y convencernos de que la Biblia no está escrita por corresponsales de prensa que siguieran personalmente a los personajes y los acontecimientos con cuadernos de notas, grabadoras, máquinas de fotos y cámaras de televisión, es necesario comparar la historia bíblica con los documentos que los investigadores,

historiadores y arqueólogos nos pueden suministrar sobre los acontecimientos que nos cuenta la Biblia. Será muy instructivo volver a tomar toda la historia bíblica, a partir de la creación, y preguntarnos si las descripciones ofrecidas por la Biblia están confirmadas o no por los documentos contemporáneos.

#### IV. Historia e historias

El modo de relatar de la Biblia, como acabamos de ver, no es exactamente el de un *telediario*, ni tampoco el de los historiadores modernos. También aquí es preciso corregir, sin duda, una manera demasiado difundida de abordar los relatos bíblicos, a fin de adoptar una perspectiva más justa. Voy a poner un primer ejemplo para hacerme comprender mejor.

##### *1. El bautismo de Jesús*

En el relato del bautismo, presente en los tres evangelios sinópticos (Mateo, Marcos y Lucas), se abre el cielo y baja el Espíritu Santo en forma de paloma sobre Jesús, que acaba de ser bautizado. Pero ¿quién ve esta paloma? Según los tres evangelios, es Jesús el único que tuvo esta experiencia. Sin embargo, si fue así, surge otra cuestión de inmediato: ¿cómo pueden contar los evangelistas este acontecimiento? La respuesta que se nos ocurre de inmediato es que el mismo Jesús se lo contó a sus discípulos. Con todo, subsiste un problema. Se trata de una simple cuestión de estilo. El relato está en tercera persona y no en primera. El evangelista no escribe: «Jesús me dijo que en aquel momento vio al Espíritu Santo que bajaba sobre él en forma de paloma», ni tampoco: «Jesús me dijo: “En ese momento, vi al Espíritu Santo que bajaba sobre mí...”». El autor del relato no es Jesús, sino alguien que habla como si hubiera sido testigo ocular del acontecimiento. Sin embargo, es preciso reconocer que el relato mismo excluye que cualquier otra persona que no sea el mismo Jesús hubiera podido ver el fenómeno. Además, es probable que los discípulos no estuvieran presentes, pues Jesús los llamó después

de su bautismo. A esto debemos añadir que Marcos y Lucas se hicieron discípulos todavía más tarde, después de la resurrección. En consecuencia, el relato pone a su lector ante una imposibilidad: si Jesús es el único personaje presente que pudo ver al Espíritu Santo, entonces –al menos en principio– nadie puede decir: «Jesús vio al Espíritu Santo».

Otro modo de abordar las cosas sería decir que estamos ante una manera de hablar y de escribir corriente y aceptada en aquella época. Esa manera de escribir es todavía muy común en nuestros días, no en el mundo del periodismo o en el de la historiografía, sino en el mundo de la novela. En efecto, los novelistas no tienen problemas para decirle al lector lo que piensa un personaje que está solo en una habitación. Pueden hacer asistir a escenas y revelar el contenido de pensamientos o de monólogos que no pueden tener testigos. Nadie se rebela diciendo: «Este autor “inventa” lo que dice», puesto que la escena se desarrolla sin testigos. En este caso, todo el mundo es consciente de que el novelista no pretende contar hechos experimentados. Estamos en el mundo de la ficción, que no es exactamente el mundo real. Es un mundo creado y modelado por el autor de la novela. Sin embargo, se trata de un mundo verosímil, esto es, semejante al mundo real. Se trata de un mundo que podría ser o que podría haber sido, del mismo modo que los personajes podrían asistir o podrían haber asistido.

Estas observaciones tan sencillas crean, sin duda, un gran malestar entre los creyentes, porque, para ellos, la Biblia y los evangelios no pueden parecerse a una novela, es decir, a un relato salido directamente de la imaginación de sus autores. La historia bíblica es «verdadera», no es ni inventada ni legendaria. La Biblia cuenta acontecimientos que han sucedido «de verdad», acontecimientos en los que puede apoyarse nuestra fe con toda seguridad. En consecuencia, hemos de elegir: o bien la historia de la salvación es historia «verdadera», o bien nuestra fe pierde su fundamento. Hemos, pues, ante un dilema del que verdaderamente es muy difícil salir.

## 2. *¿Escribir una novela o escribir como en las novelas?*

Llegados a este punto de nuestra investigación, se hace necesario introducir una distinción importante, en primer lugar, para tranquilizar a quien pudiera inquietarse por el giro que van tomando las cosas y, en segundo lugar, para dar un paso hacia adelante en nuestra comprensión de la Biblia. Decir que la Biblia utiliza determinados recursos literarios que encontramos en la novela moderna no equivale en modo alguno a decir que la Biblia es una novela. Sólo supone afirmar que la manera de escribir de los autores bíblicos está más cerca de la de los novelistas modernos que de la de los cronistas, periodistas u otros corresponsales de la televisión. En términos muy sencillos, esta constatación se refiere únicamente a la forma de los relatos bíblicos y no implica ningún juicio sobre su contenido.

## 3. *La historiografía moderna*

¿Cuál es, entonces, la verdadera diferencia entre la historia tal como nosotros la comprendemos hoy y los relatos bíblicos? Vamos a partir de una definición bastante simple: la historia, o la ciencia histórica llamada historiografía, está basada en documentos y testigos.

Los documentos pueden ser escritos o no escritos. Un palacio, una casa, una tumba, una punta de flecha, un *graffiti* escrito en una piedra, las cenizas dejadas en un hogar, son otros tantos documentos que permiten descubrir la existencia de personas. A partir de estos documentos, se vuelve posible —tomando las precauciones necesarias y aplicando el rigor indispensable— elaborar un retrato de las personas que dejaron estos documentos y reconstruir el mundo en el que vivían. Ciertamente, los documentos escritos tienen una importancia capital. Ahora bien, éstos tienen que ser usados con espíritu crítico, porque pueden ser tendenciosos y deformar la verdad. Todos conocemos documentos parciales, incompletos o carentes de fundamento.

Hoy conocemos asimismo las fotografías, las películas y las grabaciones. En la antigüedad, en cambio, existían diferentes tipos de iconografía y de estatuaria. Recientemente, algunos investigadores han consagrado mucho tiempo a estudiar la impresión de los sellos antiguos encontrados en el Próximo Oriente y han conseguido obtener informaciones muy interesantes sobre la historia de la religión popular de la época.

Los testigos, por su parte, son testigos oculares, es decir, personas que han asistido a los acontecimientos. Puede tratarse también de personas que han recogido los testimonios de los testigos oculares. Sea como fuere, es importante que en la base del testimonio haya un testigo directo. A esta razón se debe que la historia se ocupe únicamente de acontecimientos públicos y no de acontecimientos privados. La oración o la reflexión de una persona sola en su habitación no forman parte de la historia, pues, necesariamente, no hay testigos. Y cuando no tiene ni documentos ni testigos, el historiador se calla.

En la Biblia, sin embargo, el lector encuentra a menudo relatos que no corresponden exactamente a esta definición de «historiografía». En general, el lector no reacciona, pues los textos son muy conocidos y casi nadie plantea cuestiones críticas sobre ellos. Ahora voy a presentar algunos ejemplos de narraciones muy conocidas que no pueden haber sido escritas, a buen seguro, por testigos directos. Se trata de ejemplos parecidos al del bautismo de Jesús evocado más arriba.

#### *4. La zarza ardiente*

Es un primer ejemplo tomado del libro del Éxodo. Se trata de la famosa escena de la zarza ardiente (Ex 3,1-6). La escena incluye dos personajes: Moisés y Dios. ¿Quién asiste a la escena? Nadie. ¿Quién puede contarla? Se puede responder que Moisés. Sin embargo, el relato no está en primera, sino en tercera persona. También aquí el narrador «da la impresión» de ser testigo, es decir, que se mete «en la piel» de un testigo ocular para poder contar lo que pasa.



### *5. El paso del mar*

Otro ejemplo procede del relato del paso del mar (Ex 14). Cuando los egipcios desaparecen porque las aguas refluyen sobre ellos, dicen, según el texto bíblico: «Huyamos ante Israel, porque el Señor pelea por ellos contra Egipto» (Ex 14,25). La «historicidad» de este relato plantea numerosas cuestiones. Un primer problema, menor, procede de la lengua. Los egipcios hablaban, evidentemente, la lengua egipcia. Sin embargo, en Ex 14,25 las palabras del ejército egipcio están en hebreo, como si los egipcios hablaran esta lengua. A buen seguro, se trata de una convención, puesto que este mismo fenómeno se encuentra un poco por todas partes en la Biblia. Hay un segundo problema más difícil de resolver: ¿quién oyó el discurso pronunciado por el ejército del faraón en su huida? Todos los egipcios murieron inmediatamente después y, por consiguiente, no pudieron contar nada (Ex 14,28). Por otra parte, una nube separaba al ejército egipcio de los israelitas, soplaban un fuerte viento del este (14,21) y era de noche (14,19-20). Nada de todo esto facilitaba las cosas. A la mañana siguiente, los israelitas descubrieron los cuerpos de los egipcios sobre la orilla (14,30b). Pero ¿qué es lo que pudieron ver y oír durante la noche? Sin embargo, el narrador hace asistir al lector a la escena como si él mismo fuera un espectador directo. Si bien no es algo absolutamente imposible, está bastante claro, no obstante, que esta parte del relato es más una «reconstrucción» que el informe de un testigo ocular de los acontecimientos.

### *6. La agonía de Jesús*

Tenemos un último ejemplo, muy claro, procedente del Nuevo Testamento. Jesús, durante su agonía, ora en el «huerto de los olivos». Los lectores de los evangelios de Marcos y de Mateo pueden saber también lo que dijo Jesús en esta circunstancia. Ahora bien, ¿quién estaba presente y oyó lo que dijo Jesús en esta circunstancia? Nadie. En efecto, los tres

discípulos que acompañaban a Jesús, siempre según Marcos y Mateo, dormían en ese momento. Esta vez, difícilmente pudo comunicarse Jesús con sus discípulos, porque fue detenido, condenado y crucificado. Por su lado, los discípulos habían huido justo después del arresto de su maestro. De momento, importa poco saber cómo consiguieron escribir esta página los evangelistas. Es esencial ver que no fue escrita por un «cronista» que seguía a Jesús y escribía lo que decía en su agonía. Es sencillamente imposible. En consecuencia, la «verdad» de la escena de Getsemaní –pues tiene una «verdad» que le es propia– no puede ser la de un hecho «comidilla de la crónica», como los que encontramos cada día en los periódicos. Para encontrar esta «verdad» del relato evangélico, hemos de buscar en otra parte e interrogarnos sobre el estilo y las técnicas literarias propias de los evangelistas.

En conclusión, debemos admitir que hay diferentes maneras de escribir la «historia». Los cánones modernos son, qué duda cabe, más estrictos y más severos que los que presidieron la redacción de los relatos que encontramos en la Biblia; deberemos recordarlo y no esperar de los escritores bíblicos que respondan a las exigencias del mundo contemporáneo en materia histórica.

Este libro, a fin de hacer más cómoda la lectura, no tiene notas. Los que están familiarizados con la materia no tendrán ninguna dificultad para encontrar los autores o las obras a los que hacemos referencia a lo largo de toda la exposición. Aquellos, en cambio, que no lo están no se verán distraídos con nombres y títulos desconocidos, a menudo en lenguas extranjeras. Por lo demás, hemos añadido al final una breve bibliografía de consulta que permitirá, a los que lo deseen, completar la lectura o encontrar más información sobre ciertos puntos de mayor interés.